

conciliar el sueño, di varias vueltas en la cama, pensé en las conjeturas del señor Tereso, no alcanzaba a deducir quién pudo haber cometido tal fechoría, mi mente no llegaba tan lejos. Me levanté cerca de la media noche, fui a la cocina, tomé un vaso de leche. Al día siguiente todo transcurrió con normalidad. En la comida, mi mamá me felicitó por haber tomado con ahínco mi responsabilidad de estudiar, auguró que saldría con buenas calificaciones en los exámenes. Cuando me dieron la boleta me llenó de orgullo ver puros dieces, solo un ocho.

CAPÍTULO 8

Por su trabajo, mi papá viajaba con frecuencia a Estados Unidos. Cada vez que regresaba nos platicaba de sus experiencias y lo que veía en aquel país. Su buen carácter y amplios conocimientos le facilitaron hacer varios amigos. Infundía confianza a primera vista. Decía estar a gusto con lo que hacía en la empresa exportadora de ganado y carnes. En casa ya no se hablaba de mi ex novio, pero seguramente seguían pensando en él. Debía desprenderme poco a poco de aquellos recuerdos, estaba muy joven para vivir del pasado.

Había planeado decir a mis papás que no quería fiesta para mi próximo cumpleaños. No me llamaba la atención celebrarlos, tal vez propondría una reunión en casa con familiares y amigos cercanos a mis papás. No encontraba estímulo para hacer algo mayor.

Me había propuesto que mientras no cumpliera los dieciocho no debía pensar en noviazgo; por ese momento mi atención estaba puesta en la universidad a la que eligiera inscribirme, y la carrera que deseara cursar. Tenía que hacerlo fuera, en otra ciudad, en el pueblo no había escuelas para estudios superiores.

Algunas amigas me recomendaban Puebla; otras, el Puerto de Veracruz. A los que me sugerían la Ciudad de México para estudiar les contestaba que no quería revivir recuerdos.

El sábado siguiente mi papá decidió que hiciéramos día de campo en nuestro rancho. Tenía pocos animales, estaba más dedicado a su compromiso con Bladimir. A papá le gustaba asar carnes, sabía de cortes y como guisarlos. Los trabajadores de mi papá mataron una res para vender la carne a unas personas para una fiesta de cumpleaños. Apartaron lo suficiente para comer nosotros. Las carnes las cocinaron al carbón en un asador que tenía en el rancho, se lo acababan de devolver, estuvo prestado más de cinco meses a una comadre de mi mamá.

Mamá limpió la mesa, colocó cuchillos de sierra para carne, tenedores, cucharas, servilletas y platos hondos para el consomé. Preparó salsa, no muy picosa para que yo

la pudiera comer; frijoles refritos y arroz. Busqué una soda en la hielera, no había, solo cervezas. Papá se dio cuenta lo que buscaba, me sugirió tomara cerveza, solo una.

—Hace calor, se apetece una cerveza para estabilizar la temperatura del cuerpo y calmar la sed del espíritu —soltó la carcajada, mamá hizo lo mismo.

—De modo que ustedes quieren emborracharme... ¿verdad? —les dije en tono de broma.

Era la primera vez que probaba una cerveza. El primer trago me pareció desagradable. A sorbos la tomé toda, me mareé un poco. Mamá preparó ahí mismo el guacamole; lo unté a mi tortilla como base para colocar el pedazo de carne. Pasó un rato, platicamos de varias cosas. Después de instantes de silencio mis papás me dieron la noticia que el señor Bladimir los había animado a proponerme se hiciera la fiesta de mi cumpleaños, él cubriría los gastos. No comenté nada.

—¿Tienes algún inconveniente, hija? —me preguntó papá.

—Ninguno, papá, me agrada la idea. Le contesté.

—Pues entonces a preparar la fiesta.

—Sólo un favor... —acoté.

—Sí, hija, adelante.

—Que no invitemos a mucha gente, solo pido que sea nuestra familia y algunos amigos míos, y quienes decida invitar el señor Bladimir, por supuesto.

—Estamos de acuerdo, hija. ¿No es así, amor?

—Por supuesto que estoy de acuerdo —contestó mamá.

Me sentía relajada y alegre. Agradecía que la vida nos sonriera después de la crisis económica que recién habíamos padecido. De pronto, la añoranza trató de apoderarse de mi mente. Para evitar que mis papás lo notaran en mi cara caminé unos metros, me detuve cerca de un árbol. Dirigí la mirada hacia las colinas que quietas recibían los rayos del sol. Las más altas casi tocaban las nubes. Antes de que el sol empezara a cederle espacios a la noche, emprendimos la retirada. En el camino de vuelta íbamos armando la lista de los que serían nuestros invitados.

No me ilusionaba un festejo en grande, había heridas que no cerraban del todo. También me preocupaba que Bladimir se apoderara de nuestras decisiones como ocurría con otras personas del pueblo. La gente sabía cosas de esa familia, pero nadie se atrevía a comentarlas; era una familia poderosa, temida por unos, admirada por otros. No alcanzaba a entender la esplendidez del señor Bladimir. Nosotros no coincidíamos con los señalamientos negativos en contra de la familia Bustanni Galli, al contrario, estábamos agradecidos con su comportamiento y apoyo brindado a papá.

Estuvimos de acuerdo que los preparativos de la fiesta de mi cumpleaños los iniciaríamos una semana antes de la fecha del festejo. Nuestra preocupación no era

mayor porque la parte principal de la organización estaba en manos de Bladimir. A tres días del acuerdo familiar llegó papá con información diferente a la anterior.

—Hoy por la mañana me reuní con mi socio Bladimir, retomamos el tema de tu fiesta, Zalia. Me dijo que el ofrecimiento lo mantenía en pié, pero que comprendía tu decisión de optar por algo más íntimo. Me convenció que debíamos respetar tus deseos, él apoya tu opinión. Nuestro amigo ha decidido obsequiarte un viaje en avión a Miami, Florida; incluye hospedaje en el hotel que elijas; incluso, me dio esta revista de viajes, aquí vienen casi todos los hoteles de allá.

—¿Iré yo sola? —le pregunté sobresaltada.

—No, te acompañaremos tu mamá y yo; si estás de acuerdo...

—¡Por supuesto que quiero! —le contesté gustosa.

—Nos iremos tres días... ¡Todo pagado! —agregó mi papá.

EN LA FECHA PROGRAMADA salimos en autobús a México. Horas después llegamos a la terminal, tomamos un taxi al Aeropuerto Internacional. Por encima de nosotros pasaron dos aviones. Me ilusionaba subirme a uno de esos enormes aparatos que, a pesar del peso, podían levantar el vuelo. Me parecía una fantasía, una ilusión.

El taxi se estacionó en la entrada de la sala donde haríamos los trámites para la documentación del equipaje, para posteriormente abordar el avión. Nos bajamos, el conductor fue al maletero del auto, lo abrió, sacó las maletas, las colocó en la banqueta. Nos dijo que el hombre que se había acercado cargaría con ellas y nos conduciría donde documentaríamos el equipaje. Las maletas grandes las colocaron en el carrito; en mi hombro colgué la mía, la más pequeña. En la sala de espera permanecemos más de una hora atentos al anuncio de abordar. El tiempo de espera se aligeró porque nos entretuvimos mirando a los turistas que salían o llegaban de muchas partes del mundo. Mi atención era atrapada por los rasgos faciales de las personas; su origen lo determinaba el idioma que hablaban. Comprobé que los seres humanos somos iguales; las diferencias son el idioma y la cultura. Comimos unas frituras que compramos ahí mismo.

Un joven apuesto, como de mi edad, español por su acento, volteó a verme, se sonrió conmigo; hizo un intento por desviarse de su camino para saludarme, la premura por abordar su avión se lo impidió. Algo similar pasó con otro chico, seguramente francés, lo escuché hablar; al pasar frente a mí me miró, sonrió, levantó su mano para saludarme. Aún los tengo en mi recuerdo. Me sentí halagada. Personas mayores, hombres y mujeres, también me saludaban. Una mujer de edad madura que hablaba español con marcado acento inglés, les dijo a mis papás que yo era una joven agraciada, bonita, que me cuidaran mucho. El marido de la señora, que hablaba

español con dificultad, sonriente afirmó con la cabeza lo que pronunciaba su esposa. Por fin anunciaron que debíamos abordar el avión.

Había llegado el momento de treparnos al enorme aparato para emprender el vuelo. Nos formamos pero nos ganaron la punta de la fila. Me hubiese gustado entrar a la aeronave en primer lugar, hubiera sido complaciente para mí; ¡mera ocurrencia! Fuimos los segundos en hacerlo. Los boletos eran para la sección clase turista. Buscamos nuestros asientos, los encontramos rápido. Papá me preguntó si deseaba ocupar el asiento de la ventanilla, le contesté que sí. Nos sentamos, inmediatamente nos abrochamos el cinturón de seguridad.

A través de la ventanilla vi varios aviones estacionados y otros que se formaban para despegar. Las imágenes de esas enormes naves me abstraían.

Las azafatas, ubicadas en lugares estratégicos para que todos las viésemos, nos indicaron qué hacer en caso de emergencia. Se iluminó el letrero de “Abróchese el cinturón”, ya lo habíamos hecho. El aparato empezó a moverse para tomar posición de despegue en la pista. Permanecía atenta a todo lo que veía por la ventanilla. Se detuvo un momento, escuché que aceleraron los motores, inició el recorrido sobre la pista, cada vez más rápido hasta que despegamos. Clarito vi que intentaba alcanzar las nubes. Las casas empequeñecían, los automóviles también. Las carreteras se convertían en delgadas líneas sobre la tierra. Cruzábamos por las nubes mientras ascendíamos. Por encima parecían grandes copos de algodón cuidadosamente acomodados para consentir nuestra vista. Después de un tiempo volávamos sobre el mar. Después de un par de horas volvimos a ver tierra, estábamos sobre la península de la Florida.

En menos de cuatro horas llegábamos a nuestro destino. Hacía calor. Recogimos las maletas, tomamos el taxi que nos llevó al hotel. Haber hecho las reservaciones con antelación nos aprontó el trámite del registro. Las señoritas de la recepción hablaban español. Mientras papá permanecía en la recepción me asomé al restaurante. A lo lejos vi el cautivante paisaje marino, diferente a los de mi tierra. No se veía congoja, solo caras sonrientes, llenas de ilusiones y de amor.

Solicitamos que nuestras habitaciones estuvieran en el último piso. Desde ahí veíamos la playa y más hoteles. El paisaje era un halago a la vista. El ánimo de mis papás estaba por lo alto. Ellos tenían más ilusiones conmigo que yo con mi vida. Ese día, después de instalarnos, le comenté a mi mamá que tenía deseos de nadar un rato en la alberca, me dio permiso. Aprovecharía para asolearme y estrenar el traje de baño que me había comprado en una de las tiendas del hotel.

A los veinte minutos estaba en la alberca. Diez minutos después se me acercó un chico, un poco mayor que yo; se presentó, me dijo que era de Chihuahua. Tenía ojos cafés, tez apiñonada, delgado, alto, atlético. Con voz amable me dijo:

—Qué hermosa luces éste día.

—¿Acaso me habías visto en otros días? —le contesté sonriente.

—Claro que no, pero desde hace tiempo te imaginaba —celebré su broma.

—Hermoso tu traje de baño —me dijo mientras daba un sorbo a una bebida que sujetaba con su mano izquierda.

—Agradezco el cumplido —le indiqué al recién conocido.

Mis papás llegaron media hora después. Al verme platicando con Rodrigo se sentaron a prudente distancia. Papá traía puesto el traje de baño. Mamá cubría su traje de baño con una bata con motivos selváticos, no tenía intenciones de nadar; papá sí lo hizo. Cuando regresó con mamá llamó a un mesero para decirle que acudiera donde me encontraba para preguntarme si deseaba tomar algo. Le contesté al mesero que deseaba una naranjada; le preguntó a Rodrigo, movió la cabeza de un lado a otro para decir que no apetecía.

—En seguida le traigo el pedido señorita, no tardo —Dio media vuelta y se dirigió al bar de la alberca.

—Quiero pensar que los señores son tus papás, ¿así es?

—Efectivamente, así es.

—Tu mamá es muy hermosa —replicó—. Te pareces a ella, ni duda cabe —lo expresó en tono alegre.

Le agradecí la galantería. Era el primer halago que recibía en aquel lugar. Al siguiente día de nuestra estancia en Miami, nos levantamos como a las nueve de la mañana. Fui la primera en bajar al Lobby, tuve la intención de entrar al restaurante y esperar ahí a mis papás, pero consideré que no sería correcto que estuviera sola; me quedé en la sala, cerca de la recepción. Tomé una revista de una mesita cercana con la intención de hojearla. Estaba en inglés. Yo no hablaba inglés.

Al poco rato se abrió la puerta del elevador. Salieron mis papás, se dirigieron a donde estaba aposentada; me incorporé para dirigirnos al restaurante. Había varias mesas desocupadas, escogimos la que estaba cerca de los cristales, desde ahí se veía la alberca. Afuera había dos barras techadas donde servían bebidas y alimentos rápidos.

Se acercó el mesero, saludó, se presentó, a cada uno nos dio el librito con la información de alimentos y bebidas. El mesero se retiró para darnos tiempo de escoger las bebidas primero y los alimentos después. Una vez que nos pusimos de acuerdo de lo que íbamos a pedir, papá giró la cabeza hacia dónde se encontraba el mesero; con

un breve movimiento de cabeza le comunicó que se acercara. El mesero tomó el pedido, dio media vuelta y se retiró a paso rápido.

Sorpresivamente a nuestra mesa arribó un hombre alto, de tez blanca, facciones finas, de escaso pelo, de edad similar a la de mi papá. Nos saludó con efusividad pero sin la certeza de la identidad de las personas que estaba saludando, en particular la de mi papá.

—Buenos días —expresó en tono amigable repasando con su vista nuestras caras—. Deseo cerciorarme si estoy saludando a mi ex compañero y amigo David González... Yo soy Arturo Yáñez.

—¡Claro que sí, Arturo! —exclamó mi papá levantándose de la silla como resorte—. ¡Soy yo! Qué gran sorpresa me estás dando, Arturo, no nos habíamos visto desde que salimos de la facultad. ¡Mira dónde nos venimos a encontrar, en el lugar menos esperado! —Se abrazaron efusivamente, a mamá y a mí nos invadió la emoción del reencuentro entre dos amigos.

—¿Te acuerdas dónde fue la última vez que nos vimos? —preguntó el amigo a papá, a lo que contestó—: ¡Claro! fue en la graduación... ¡Qué festejo...! —repuso.

—Alguien me dijo que habías tenido un accidente automovilístico —recordó papá—, pero no supe más.

—Cierto, David —explicó el amigo Arturo dibujándose en su cara un gesto pesaroso—, fue un accidente que pudo haberme costado la vida; me chocó una camioneta que conducía un tipo ebrio, sin luces. Estuve hospitalizado más de un mes. Vivo de milagro —dijo orgulloso.

Volteó a ver a su familia, estaban a dos mesas de la nuestra; yo también volteé para ver a la familia del reencontrado amigo. La señora, de finos rasgos faciales, pelo castaño claro, ojos verdes, sentada con elegancia, nos veía. En la mesa estaban dos jóvenes: el mayor, de tez apiñonada, ojos café claro; el otro, como de quince años de edad, de tez blanca. El mayor cruzo saludos conmigo con un lento movimiento la cabeza de arriba hacia abajo; sonrió. Después saludé a la señora meneando mi mano derecha, luego al más pequeño. Se veía una familia educada y feliz. Pensé que nadie padecería lo que a temprana edad me había ocurrido. Pero ese no era el lugar para revivir recuerdos.

Pausaron la plática, papá nos tomó del brazo, nos condujo a la mesa de su ex compañero de estudios. El amigo presentó a papá con su familia y papá nos presentó a nosotras. Don Arturo nos dio a conocer los nombres de su esposa y de sus hijos. Se estableció la relación de amistad entre las familias.

Cuando nos acercamos quedé junto al hijo mayor que en la presentación dijo llamarse Jimmy, igual que un hermano de su papá. Me veía con agrado, yo hacía lo

mismo. Mi papá completó mi inspiración cuando propuso que al siguiente día nos reuniésemos para desayunar, el resto del día don Arturo lo dedicaría para acudir a unas reuniones fuera del hotel.

EL DÍA AMANECIÓ sin nubes, el sol se reflejaba en el mar. Nuestras nuevas amistades llegaron al restaurante antes que nosotros, ocuparon la misma mesa del día anterior; los meseros agregaron otra para que cupiésemos todos. La silla junto a la de Jimmy estaba destinada para mí, alguien de ellos lo decidió; me gustó el detalle. Los jefes de cada familia platicaban sus historias y anécdotas desde que salieron de la facultad. Hablaron de los hijos y otros detalles de la vida de sus familias. Papá nos había platicado algunas anécdotas de su vida de estudiantes; yo escuchaba atenta.

La esposa se llamaba Elvira, se apellidaba Gayo; originaria de Guadalajara. Ellos se conocieron en un seminario sobre medicina animal. Los hijos nacieron en Acapulco, donde radicarón el tiempo que don Arturo ocupó un cargo en el gobierno de Guerrero. Comentaron que los atractivos ojos de Elvira revelaban su origen.

Jimmy y yo esperábamos el momento para armar una conversación entre nosotros, lo conseguimos. Descubrimos que habíamos leído los mismos libros y visto las mismas películas. Coincidimos en razonamientos a pesar de no haber platicado antes. Era un momento lleno de magia. En poco tiempo nos habíamos identificado plenamente. Sonreíamos con discreción, nos mirábamos con fervor. Los dos estábamos entusiasmados por el fortuito encuentro. Faltaba poco para que mi corazón volviera a su habitual ritmo. En esa soleada y calurosa mañana sentía demasiada vida corriendo por mis venas.

Jimmy me propuso que a la una de la tarde nos viéramos en la alberca; acepté. Después de ese acuerdo y para dejar temas pendientes para nuestro próximo encuentro, abandonamos nuestra plática. Movimos ligeramente nuestros cuerpos, nos colocamos en posición de escuchar la conversación de nuestros papás. Nos reímos de los simpáticos chistes y anécdotas que contaban. Mario, hermano de Jimmy, permanecía atento pero callado. Su carácter parecía introvertido.

El mesero permanecía obsequioso a cualquier señal de alguno de nosotros: la interpretaría como una orden de servicio. Aparte de la nuestra, atendía dos mesas más pero el esmero lo centraba en nosotros. El desayuno terminó después de dos horas. Nos despedimos sin darnos la mano, se entendía que en el transcurso del día nos veríamos nuevamente. Jimmy y yo lo haríamos un poco más tarde.

A la hora acordada estaba pisando la zona del recreo acuático. Con la vista recorrí el área donde se encontraban los camastros para ser ocupados por los huéspedes del hotel. Mi joven y guapo amigo estaba recostado en el penúltimo de la hilera, cerca de

una de uno de los cobertizos. Caminé pausadamente, el agua de la alberca se movía ondulante. Parte de mis pensamientos de la noche anterior los ocupó Jimmy.

Faltando tres pasos para llegar al mueble donde reposaba Jimmy, se levantó rápidamente, dirigió su mano para encontrarse con la mía; sin soltarla me invitó a ocupar el camastro de al lado, lo tenía apartado con una toalla del hotel.

—¡Te ves muy bien! —me dijo sonriente—. ¿Te invito algo? ¿Qué bebida prefieres? ¿Prefieres una cerveza preparada? —apuntó en tono de broma—. ¡No te creas! —agregó soltando fuerte carcajada.

Durante dos horas platicamos de libros, películas, de nuestros compañeros de la escuela. Incluimos en la conversación algunas cosas personales. Él me habló de una novia que lo engañó con su mejor amigo, yo le comenté lo que le ocurrió a mi ex novio. Esas casualidades nos identificaron más. Nuestra relación amistosa se estrechó. Lo conforté por su penoso caso, él hizo lo mismo conmigo. Por lo que a cada uno nos pasó acordamos que nuestra relación fuera de amigos confidentes, nada más; que pudiéramos contarnos todo. Juramos establecer una comunicación por carta desde el lugar donde nos encontrásemos, lo celebramos chocando nuestros vasos simulando copas de vino; el chasquido se escuchó hasta la mitad de la alberca. Colocamos nuestros vasos sobre la mesita que el mesero colocó entre los camastros. Así pasó el tiempo.

Antes de despedirnos, Jimmy me invitó a escuchar a un grupo especialista en baladas en un salón del último piso, desde donde se podían apreciar las luces de la ciudad.

Antes de separarnos, Jimmy me reveló que el grupo musical tocaba con calidad; se lo había hecho saber amigos suyos.

—Te va a encantar, Zalia, el grupo toca rolas de moda aquí en Estados Unidos —me dijo en tono convincente—, y si quieres, puedes bailar.

Anticipándose a cualquier comentario negativo de mis papás, agregó:

—Dile a tus papás que además de jóvenes como nosotros, van niños. No se venden bebidas embriagantes, solo bocadillos y vino espumoso que no contiene licor. Eso lo saben las familias que han estado en éste hotel —remató.

—Si es así, ni qué decir —le respondí aceptando la propuesta.

Tal como lo describió mi nuevo amigo, la “tocada” valió la pena. Había niños, jóvenes y gente mayor. Después me dijo mamá que tenían la intención de asistir, pero desistieron para evitar que yo pensara que estarían ahí para vigilarme. El mesero recomendó a mis papás acudir por que “Tocan canciones de su época, con ritmos modernos”, les señaló.

Exactamente a las doce de la noche dieron por terminada la presentación musical. La disfruté a plenitud. Jimmy también gozó de mi compañía. El chico era expresivo, no era tímido; hasta en eso nos parecíamos.

Fuimos al restaurante a consumir algo ligero. Ahí nos encontramos con nuestros papás, faltaba el hermano de Jimmy que ya se había retirado a dormir. Estaban a punto de terminar la charla, nos apresuramos a comer el sándwich que pedimos; lo compartimos porque en la reunión las papas fritas mitigaron nuestro apetito. Al terminar nos levantamos, nos despedimos, emprendimos el camino a nuestras habitaciones.

Dormí de corrido, no recuerdo qué soñé. Desperté a las siete de la mañana, me levanté, fui a la ventana, descorrí las cortinas; sentí que el sol me saludaba tocando mi cara con sus tiernos rayos. “Qué estará haciendo Jimmy” me preguntaba; “Tal vez durmiendo”, concluía. ¿Habría pensado en mí? Me estaba ocurriendo lo que llamaban “amor a primera vista”. Habíamos hecho un pacto de amistad para evitar que ocurriera otra cosa. Lo nuestro debía ser solo una amistad. La verdad sí me había enamorado de Jimmy, no sabía qué tan profundo podía ser. Sospechaba que había caído en las perversas redes del amor. Hasta la fecha recuerdo esas sensaciones. No podía compararlo con Paulo Emilio, las pasiones eran diferentes.

MIS SENTIMIENTOS se tropezaban. Me sentía culpable de traicionar el amor que le profesé a mi extinto novio. Exactamente no sabía qué estaba pasando con mis sentimientos. Estaba parada junto a la ventana, volteé a ver el teléfono, tuve el impulso de llamarle a su cuarto. No sabía cómo lo podía tomar, mi recato juvenil me impedía hacerlo. Finalmente no lo hice, me aguanté las ganas, mis heridas aún no sanaban.

Caminaba en mi habitación de un lado a otro, cuando llegaba a la ventana, a través de los cristales miraba la inmensidad del Atlántico. Escuchaba el insistente sonido del viento que chocaba contra el vidrio como intentando entrar a mi habitación. No había pasado media hora cuando repiqueteó el teléfono, no lo dejé sonar dos veces; apresurada corrí, descolgué el auricular, traté de darle a mi voz cierto tono de desinterés, no sé si lo logré, mi corazón latía fuerte, Jimmy lo podía notar. Contesté.

—¿Sí? ¿Diga?

—¿Cómo dormiste? ¿Qué soñaste? —Era su modulada y gruesa voz que me hablaba en tono cariñoso.

—Dormí bien, desde que pegué la oreja en la almohada hasta hace rato que me desperté. Leí un rato —le mentí—, luego me bañé, me arreglé, esperé que mis papás me llamaran para no bajar sola al restaurante—le expresé—.

—¿Me permites que te acompañe en el restaurante? —me dijo en tono suplicante—. Yo ya estoy listo —adelantó.

¡Mi plan Resultó! Logré ocultar mis deseos por verlo. Me retrasé a propósito. Salí de mi habitación, me dirigí con paso lento al elevador, oprimí el botón, se abrió la puerta, entré, presioné la letra “L”, se movió a la planta baja.

Cuando la puerta se abrió me quedé impactada al ver a Jimmy con una rosa roja en la mano en posición de entregármela. Mi espontánea expresión de sorpresa la celebró Jimmy. No supe que hacer, mis nerviosidades se activaron. Tuve la intención de tomar la flor y darle un abrazo, como era mi deseo. ¿Cómo lo tomaría si no mostraba expresión alguna, y solo le daba las gracias? Me decidí: sin titubear más me lancé a él, mis manos tomaron sus hombros por la parte posterior, lo jalé hacia mí, él hizo lo mismo, le di un beso en la mejilla. Nadie se percató del espontáneo encuentro; no hubo testigos, solo nuestras almas que por un instante parecían tocarse.

Giramos para dirigirnos al restaurante. Tuvimos la intención de unir nuestras manos, solo alcanzaron a rozarse. Mientras caminábamos sentí mariposas en el estómago; ese revoloteo que una siente cuando ve al chico de sus sueños. Lo experimenté en esa ocasión. Hasta la fecha no he podido describir esas sensaciones que sentí con Jimmy en esos días del encuentro. Compartimos gustos, emociones, historias lastimeras, criterios, música, lectura, ¡Todo! De vez en cuando se presentaba en mí ese remordimiento de conciencia porque había jurado no volver a enamorarme de nadie. Sin embargo, ese día rompí la promesa que según yo le había dado categoría de sagrada.

Unidos por la indescifrable fuerza que atrae a dos personas que se gustan, cruzamos el restaurante pasando entre las mesas, nos dirigimos a la puerta para pasar al área de sol. Caminamos frente a los camastros, traspasamos la explanada, lentamente continuamos sobre el césped hasta llegar a un redondel que contenía plantas de vistosos colores. En el centro, una palmera cuya altura mostraba su edad. Nos sentamos uno cerca del otro. Nuestros hombros casi se tocaban. Nuestros ojos veían al horizonte. Aprovechando un momento de silencio me dijo en tono suave:

—Dios evitó que nos conociéramos antes, nos puso pruebas que nos dejaron huellas, que lastimaron nuestro ser, pero nos enseñaron.

Aparté mi vista del océano para posarla en los ojos de Jimmy, lo miré fijamente.

—Si no nos hubiera ocurrido lo que nos aconteció, ni siquiera nos habríamos conocido. Nuestros papás no se hubieran reencontrado. ¡Nos conocimos porque nos teníamos que conocer! —expresó eufórico.

No me lo esperaba a pesar que mi corazón lo deseaba. Continué atenta a su plática.

—Anoche me dormí tarde, la cabeza me daba vueltas, pensaba una cosa, pensaba otra; así estuve hasta la una de la mañana. Mis conclusiones te las voy a decir en éste justo instante: acéptame como tu novio... Eres hermosa, eres como yo... mi otra

mitad, sí... eso. ¡He encontrado a mi otra mitad! —Después de escuchar esa confesión sentí que desmayaba.

—Sé que nos veremos poco, no necesitamos reunirnos tan seguido. Te pido que pienses lo que te estoy proponiendo, no estamos jugando carreras, medítalo el tiempo que consideres y luego me dices. Mientras, es conveniente que no les comentemos nada a nuestros papás.

—De acuerdo, Jimmy, lo pensaré. Esta no es una decisión que deba tomarse con precipitación, debemos meditarla profundamente, qué bueno que hasta en eso coincidimos, la propuesta me parece que tiene sensatez.

No le noté ningún gesto de inquietud por pretender aprontar las cosas, tampoco observé en él que estuviera actuando por orgullo. Segura estaba que cualquier decisión que se tomase no dañaría la incipiente amistad que parecía sincera. Nadie había construido nada, todo se dio de una manera casual y espontánea, ninguno de los dos tenía la menor duda, el tiempo así lo había ordenado.

Le dimos tres vueltas a los jardines del hotel. La última fue con una soda en la mano para mitigar la sed. Olía a arena mojada con agua salobre. El sol no alcanzó el esplendor del día anterior.

Una parvada de gaviotas volaban a poca distancia de la playa. El gusto de haberlo conocido tenía especial significancia para mí. Consideramos que había que conducir esa relación con extrema cautela para no provocarnos más avería sentimental.

Después de la reconfortante conversación nos sentamos a descansar en los asientos que se encontraban bajo uno de los cobertizos. Minutos después llegaron nuestros papás, nos invitaron a desayunar.

Era el último encuentro. Después del desayuno ellos se trasladarían al aeropuerto para retornar al Distrito Federal donde transbordarían a Tepic, donde radicaban. Ambas familias compartíamos la misma mesa; la tristeza de las despedidas estaba próxima. Con el propósito de disfrutar la convivencia pedimos los alimentos desde nuestros lugares en vez de utilizar el servicio de Bufete. Nuestros papás hicieron un repaso del tiempo que estuvieron sin saber uno del otro; hablaron de reunirse con mayor frecuencia a fin que las familias se vincularan en amistad. Eso adecuaba los planes recién hechos en el encuentro.

Jimmy y yo platicamos poco, antes habíamos hablado lo suficiente. Jimmy me dijo “salud”, con su taza de aromático café; lo imité, le dije: “salud”. “Son jóvenes sanos, libres de vicios dañinos”, dijo la mamá de Jimmy presumiendo el buen comportamiento de sus hijos.

Nuestros papás se comprometieron a reunirse dos veces al año, en algún lugar de México. Tal propuesta nos vino bien. Supuse que era un motivo para que nuestra

naciente relación de amistad fuese tornándose en algo más romántico. No dejaba de ser un deseo de los padres pensar en ellos pero también en Jimmy y yo, se dieron cuenta que nos simpatizamos.

El reciente encuentro fue de mi agrado. Volví a creer en la vida y en los detalles de la naturaleza. En la mesa de al lado, un hombre como de 54 años, ancho de hombros, robusto de brazos y ojos de mirada penetrante, nos observaba detenidamente mientras saboreaba su frugal desayuno. Tenía un tatuaje en el brazo derecho y una cicatriz que se dejaba ver a través del corto pelo como lo usan los marinos. El reloj que colgaba en la pared del restaurante marcaba las doce del día. El calor era atenuado por silenciosos ventiladores que colgaban del techo.

—Bueno... hemos disfrutado una de las mejores temporadas de nuestra existencia... pero es hora de partir —expresó don Arturo en voz alta.

Mi papá pidió la cuenta para pagarla, pero don Arturo había quedado con el mesero que la pagaría él.

Nos levantamos, uno con otro nos fuimos despidiendo. Cuando Jimmy se despidió de mí me susurró al oído:

—Dile a tu corazón que no me olvide.

—Así será —le contesté.

El romanticismo adquirió tonalidad de amor. Vino a mi mente una película que se llamaba *Amor sobre las olas*, la trama no la recordaba pero el nombre me parecía sugerente. A lo lejos se escucharon truenos. En el sonido ambiental se escuchaba una de las canciones de Bob Dylan. Nos separábamos por el momento, las cartas y el teléfono nos mantendrían comunicados. Se pronosticaban buenos tiempos.

A ellos les gustaba viajar y conocer lugares y personas; nosotros podíamos hacer lo mismo, eso pensaba. Me ilusionaba conocer lugares y hacer muchas amistades.

Antes de salir del hotel se detuvieron a curiosear los aparadores de una de las tiendas del interior; Jimmy volvió su rostro a donde yo me encontraba, sonreímos, siguieron caminando. Minutos más tarde entramos a otra de las tiendas del vestíbulo para comprar algún souvenir para el gran amigo y “bienhechor” Bladimir, y para otras personas de nuestra estima. Al rato, la familia de Jimmy bajó rumbo a la salida; el Bell boy empujaba el carretón con el equipaje. Abordaron el vehículo de alquiler que los llevaría al aeropuerto. Nuestro vuelo salía dos horas y media después. La señorita de la recepción le dijo a mi papá que en el momento que bajásemos un taxi nos estaría esperando para llevarnos al aeropuerto.

Mi familia estaba contenta y relajada. Mis papás notaron mi agrado por haber conocido a Jimmy. Ese capítulo estaba por cerrarse. Hasta ahora no he entendido por

qué mi Dios me regaló esos momentos de esperanza y alegría, si luego se trocaría todo eso en simples recuerdos que enfrentarían mi desconsolada realidad.

Se escribía otro capítulo de mi historia. Día y noche le agradecía a El Creador el inesperado regalo. Los pocos días de convivencia parecieron meses. Estaba equivocada cuando creía que después de aquella tragedia no volvería a vivir un amor a primera vista.

En la recepción, mi papá se encargó de liquidar la cuenta del hotel y del restaurante. Pidió comprobantes para entregarlos a quien había prometido cubrir los gastos del viaje. La recepcionista felicitó a mi papá por “tener una hija tan hermosa y agraciada”. Papá agradeció la adulación.

El conductor del taxi acomodó cuidadosamente las maletas en la cajuela, nos subimos; partimos al aeropuerto. Durante el trayecto pudimos admirar muchos hoteles y mansiones, el chofer nos iba señalando las que pertenecían a personajes famosos.

El aire movía las palmeras, parecían despedirse de nosotros. Llegamos con anticipación, documentamos el equipaje, tramitamos el pase de abordar. La gente del aeropuerto se mostraba indiferente, sin aparentes emociones. En la sala de espera unos leían, otros miraban a los que por ahí pasaban; los menos comían algo. Los aeropuertos los conocía solo en películas. Mis ánimos estaban renovados, mis recuerdos se guardaban en el mejor lugar de mi mente.

Todos los lugares del avión ocupados. Escogí el asiento del pasillo, no deseaba ver por la ventanilla que nos alejábamos de la tierra donde disfruté mi estancia. Llevaba recuerdos frescos. Durante el vuelo leí parte de la novela *El laberinto de la soledad* de Octavio Paz, que compré en una librería de Miami. No podía concentrarme en la lectura, pensaba en Jimmy; me asaltaban frases como: “Viajar y conocer son nuestro pasatiempo preferido”.

Mi mente voló, me sentí motivada; me divertí, conocí, aprendí. ¡Demasiada belleza! Mis pensamientos fueron interrumpidos estrepitosamente por una sacudida del aparato, inmediatamente voltee a ver a las señoritas sobrecargo, me tranquilizó su inmutada expresión facial. Poco antes de la sacudida nos indicaron por el altavoz que permaneciéramos en nuestros asientos con los cinturones abrochados. Recordé a Paulo Emilio cuando me juraba no entender por qué pesados aparatos y con carga dentro pudieran volar como cualquier ave de potentes alas. “Ahí está Dios”, me apuntaba.

Pronto estaríamos aterrizando en la ciudad de México. Perdíamos altura, la velocidad del aparato disminuía, la ciudad estaba a la vista.

Al poco rato tocamos tierra, recorrió la pista, al final quedamos en el lugar para el descenso de los pasajeros. Bajamos del aparato, nos dirigimos a la sala de llegadas. De regreso mis ilusiones eran diferentes a las de ida. Ahora tenían otra tonalidad.

Recogimos las maletas, caminamos a la salida de la terminal para abordar el auto de alquiler que nos conduciría a la terminal de autobuses para nuestro regreso a Papantla. Cerca de la salida acudió a nuestro encuentro un señor como de unos treinta y ocho años, de tez morena, pelo ligeramente ondulado que le cubría las orejas, ojos café claro, vestimenta casual. Se dirigió a papá.

—¿Es usted don David González? —le preguntó con gentileza.

—Así es, a sus órdenes —repuso papá.

—Soy el arquitecto Francisco Gotera, amigo del señor Bladimir, y desde ahora amigo de ustedes. Nuestro amigo me pidió que los recibiera para que si de parte de ustedes no había inconveniente, los trasladaría a Papantla.

Para mí ya no era sorpresa encontrarnos con otra de las “cortesías” de nuestro protector y guía. Si bien no lo esperábamos tampoco estaba lejos de que no ocurriera. Aceptamos el ofrecimiento. Nos precisó que nos conduciría su chofer. Nos dio las mejores referencias de quien manejaría el auto. “Conoce la carretera como la palma de su mano”. Aprovechó para comentarnos que estaba construyendo un edificio para oficinas en la zona de las Lomas de Chapultepec, “una de las más exclusivas de la ciudad de México”, y que Bladimir era uno de los socios inversionistas. Mucho tiempo después entendí los mensajes cifrados del amigo querido de la familia. Emprendimos el viaje de regreso.

EL CLIMA EN MÉXICO contrastaba con el del lugar donde vacacionamos; hacía frío, lloviznaba. El chofer se detuvo en un restaurante cerca del aeropuerto, nos propuso merendar ahí. “El siguiente restaurante está a dos horas”, nos informó. Aceptamos la propuesta, teníamos hambre. Igual que el chofer que nos condujo al funeral de Paulo Emilio, se adelantó a cubrir los gastos por el consumo de los alimentos. Empezaban a intranquilizarme tan caras cortesías y detalles de ese señor. Mi sexto sentido decía que había algo oculto, que no se trataba nada más que fuera socio de mi padre. Mientras tanto, éramos conducidos por sus propios deseos que empezaban a tener forma de manipulación velada.

El viaje de regreso al pueblo fue sin contratiempos. Hacía rato que había caído la noche. No recuerdo bien por qué intenté cuestionar tantas gentilezas de don Bladimir. Una mirada oblicua de papá me dijo todo: quedaba vetado poner en duda la honorabilidad del “hombre de tan buenos sentimientos”. No me importaba no volver a poner en duda las intenciones de ese hombre. Total, no había nada que en lo personal me afectara. Lo importante era tener contentos a mis papás. De los tiempos difíciles

habíamos aprendido cosas. Mis ojos veían la belleza de la aurora en todo su esplendor, sentía que mi alma vivía junto a mí, ambas coexistíamos a la vez.

Esa noche, antes de conciliar el sueño, durante dos horas estuve recordando vivamente las conversaciones con Paulo Emilio. Imaginaba su cara de niño educado y gentil, sus ojos vivaces que cuando me miraban se tornaban relucientes. En ellos me reflejaba. Desperté una vez, miré hacia la ventana, la luz de la luna entraba en tenues rayos, apagué la luz del cuarto para poder apreciar mejor el estrellado cielo, apenas matizado por unas nubes que lentas se desplazaban de este a oeste. Pensé un poco en la carrera que debía estudiar, eso me emocionaba más que cualquier otra cosa. Más que nunca estaba convencida que el destino es una de las fuerzas invencibles para los humanos, por eso siempre nos alcanza.

Amanecía un nuevo día. Mi papá fue el primero en levantarse, tenía que ir a revisar unos animales que serían llevados a Monterrey para su venta, como parte de los negocios que traía con Bladimir. Le escuché a mamá tararear una vieja canción que le gustaba mucho: *Corre Sansón corre*. Me bañé, desayuné rápido porque se me hacía tarde, salí corriendo a la escuela.

A mi regreso me encontré con la noticia que comeríamos paella, platillo que me encantaba. Agradecí a mamá su intención de hacer el guiso de mi preferencia; me aclaró que uno de los mozos de Bladimir la había llevado en una cazuela de barro.

—La envió el señor Bladimir porque sabe que éste platillo es tu preferido —apuntó mi mamá con resplandeciente sonrisa dibujada en su cara.

—Hay que agradecerle al señor Bladimir su deseo de satisfacer mis gustos —le expresé a mamá procurando que no notara que esas “atenciones” me despertaban suspicacias.

El ánimo de mamá siempre estaba de buen talante; nunca la había visto enojada, nada le molestaba. Veía las cosas siempre por el lado positivo. Cuando algo le preocupaba procuraba que no me percatara para no transmitirme desasosiego.

CAPÍTULO 9

Pasaron tres o cuatro días, no recuerdo bien, cuando le escuché a papá hablar de un viaje que tenía que hacer una semana después a los Estados Unidos, creo que a San Antonio, se entrevistaría con unos empresarios para tratar la venta de carne que transportarían en cajas refrigeradoras. Le informó a mamá que con oportunidad le preparara la maleta con ropa para cuatro días. Me agradaba ese tipo de conversaciones porque denotaban estabilidad financiera en la familia. Ya habíamos pasado por una situación difícil, a nadie de nosotros le hubiera gustado que se repitiera.